



La punta y el iceberg.

Se vale opinar.
Martha Galindo.

Enero 6, 2021.

ALUMNOS QUE ENSEÑAN.

He sido alumna, y también he sido maestra de jóvenes y de abuelos.

Como alumna quiero seguir aprendiendo. Rosalyn S. Yalow dijo: “... **Mientras usted está aprendiendo, no tiene edad**”. Y yo, así quiero sentirme siempre.

“Cuando uno enseña, dos aprenden” (Robert Heinlein). Con universitarios, los ojos, los oídos y la mente del maestro tienen que estar al 100%, ya que ellos exigen, polemizan, argumentan, investigan y también se ausentan, se inventan y mienten. Saben muchas cosas, otras las imaginan y las defienden, las creen, las sueñan y se sueñan ellos mismos haciéndolas. Se desvelan con trabajos y tareas, constantemente sintonizan su cerebro y utilizan mucha energía para atender sus compromisos universitarios, laborales y sociales. Siempre aprendemos de ellos.

Con alumnos mayores, más que con el argumento, hay que explicar la materia con sensibilidad y empatía. Quién decide seguir asistiendo a clases estando jubilado del trabajo, de los hijos o de la pareja, busca en las aulas un aprendizaje que signifique un reto para su memoria, para su capacidad de comprensión, para sentirse vivo y activo. También necesita compañía y en ocasiones respuestas a eventos no resueltos en su debido momento.

El libro de Mitch Albom **“Martes con mi viejo profesor”**, enfatiza que la relación maestro-alumno no es cuestión de edad. Relata el cariño y la fraternidad entre el adulto joven y el maestro viejo que habían recorrido juntos una parte de la vida de ambos y también el entrañable lazo que los seguía uniendo ahora que el maestro estaba en el ocaso de su existencia y sus enseñanzas eran lecciones de vida.

Mis propias vivencias y los pasajes del libro han venido a mi mente ahora que una de mis alumnas falleció de COVID. Clementina, abuela ya, insaciable aprendiz, disfrutaba y participaba en cada sesión, preguntaba, opinaba, relataba vivencias, algunas muy dolorosas. Tímidamente al principio y abiertamente cuando adquiría confianza, utilizaba lenguaje “dominguero” el cual hacía que su dicho y su relato fueran divertidos, simpáticos. Muy generosa con todos, amigable, líder y aunque mayorcita, también coquetona. Por una caída se rompió la cadera y cuando después de operada sintió que ya estaba lista, volvió a clases. En silla de ruedas primero y con andadera después. Y también volvió a participar en los eventos culturales de la escuela, en el apoyo a su parroquia. Incluso acudió a mesas de trabajo y convivencia en el programa Vejez Creativa de Patricia Kelly. Creo que a Clemen no le faltó nada por hacer y todo lo hizo intensamente. Me duele mucho su partida. Solamente un enemigo tan invisible y maligno pudo vencer esa voluntad de hierro y esas ansias de seguir viviendo. Descansa en Paz mi querida Clemen: alumna, amiga y maestra de vida: Aprendí mucho de ti !!